

# *Sub-rosa: la verdad fingida de Crónica de una muerte anunciada*

## Un cuento al cuadrado

**M**uchos años después, ante la página en blanco, el escritor Gabriel García Márquez había de recordar aquel lunes aciago en que su amigo Santiago Nasar le substituyó bajo el cuchillo de los vengadores... ¿Sí o no? Sí y no. Basta, en efecto, con que la declaración de esta hipotética verdad sea objeto de un relato sedicente e insistentemente novelesco, como lo es *Crónica de una muerte anunciada*, para que resulte (casi) imposible comprobarla.

El hecho ocurrió el 22 de enero de 1951, en Sucre (Colombia): ese día, Cayetano Gentile Chimento moría a manos de Víctor Chica Salas como causante de la deshonra de la hermana de éste, Margarita, descubierta la noche de bodas por su marido, Miguel Reyes Palencia, quien, por esta razón, la devolvió a su madre esa misma madrugada. Fue un crimen sin misterios ni complicaciones, común en sus motivos, circunstancias y ejecución.

Treinta años después, el 28 de abril de 1981, se publican no una sino dos crónicas sobre el suceso: una por Gabriel García Márquez, en Colombia, México, Argentina y España simultáneamente: *Crónica de una muerte anunciada*; otra a cargo de dos periodistas, Julio Roca y Camilo Calderón, en exclusiva para el número inaugural del semanario colombiano *Al Día*, titulada «García Márquez lo vio morir»<sup>1</sup>.

Probablemente fue el mismo García Márquez quien, de un modo u otro<sup>2</sup>, insinuó a los periodistas su tarea reporteril, pues estos acaban así su trabajo:

García Márquez ha enriquecido y dramatizado la realidad. Y desearíamos que este reportaje pudiera servir a los lectores para descubrir por sí mismos cuáles son las

<sup>1</sup> Julio Roca y Camilo Calderón, «García Márquez lo vio morir», *Al Día* (Bogotá), n.º 1 (28 de abril de 1981): 52-60 y 108.

<sup>2</sup> Se habían publicado unos extractos de la novela pocas semanas antes.

diferencias y cuáles los elementos nuevos con que el autor ha estructurado tan rigurosamente su historia<sup>3</sup>.

A los pocos días, el novelista declararía en México: «Lo que a mí me interesa, y creo que debe interesar a los críticos, es la comparación entre la realidad y la obra literaria». Y pasa entonces a puntualizar:

La novela apareció el lunes y una revista de Bogotá ya ha publicado un reportaje en el lugar donde ocurrieron los acontecimientos, con fotografías de los supuestos protagonistas. Han hecho un trabajo que periodísticamente creo que es excelente; pero hay una cosa formidable y es que el drama que los testigos contaron a los periodistas es totalmente distinto del de la novela. Quizá no sirva la palabra totalmente. El punto de partida es el mismo, pero la evolución es diferente. Tengo la pretensión de que el drama de mi libro es mejor, está más controlado, más estructurado<sup>4</sup>.

En definitiva, lo que interesa no es la comparación entre la realidad y la obra literaria, como dice García Márquez, sino la comparación entre dos tipos de relato: el de los periodistas, que se lleva a cabo como si estuviera predeterminado —prefigurado o preescrito— por los sucesos narrados; y el del novelista, que se sabe en todo momento determinante de los hechos, aun cuando se presente también como si los hechos lo prefiguraran o prescribieran. Desde este punto de vista la comparación tiene especial interés no tanto para notar las diferencias entre ambas crónicas —que, ciertamente, son muchas— como para no olvidar la inherente diferencia categórica de sus detalles coincidentes. *Crónica de una muerte anunciada*, crónica verdadera o simulacro de crónica, aun cuando coincida con la realidad, no pierde por ello su carácter ficticio e incontrastable: es un relato no por fiel a los hechos menos imaginario y, al revés, no por fantástico menos histórico.

Todo ello resulta evidente, por más que no esté expresamente confesado, en la explicación que de la escritura de esta crónica dio García Márquez pocos meses después de publicada. En agosto de 1981 apareció en *El País* de Madrid un artículo en dos partes titulado «El cuento del cuento» que se presenta como la «verdadera historia» de *Crónica de una muerte anunciada*. No es otra cosa, sin embargo, que un tejido de estupendas fabulaciones que justifican ampliamente su irónico título de «cuento del cuento». Por lo demás, este recuento no atañe ni poco ni mucho a los hechos ocurridos aquel lunes de enero de 1951 sino a ese otro relato que los enmarca calladamente y desde el interior de la novela —capítulos II y IV—: el fabuloso idilio de Bayardo San Román y Ángela Vicario.

Según García Márquez, fue su compañero costeño, hoy fallecido, Álvaro Cepeda Samudio, quien un día le soltó:

«Tengo una vaina que le interesa», me dijo de pronto. «Bayardo San Román volvió a buscar a Ángela Vicario». Tal como él lo esperaba, me quedé petrificado. «Están viviendo juntos en Manaure», prosiguió, «viejos y jodidos, pero felices». No tuvo que

<sup>3</sup> Obra citada, pág. 108.

<sup>4</sup> Entrevista con Jesús Cebalero, «Gabriel García Márquez: Crónica de una muerte anunciada es mi mejor novela», *El País (Madrid)*, viernes 1 de mayo de 1981, pág. 29.

decirme más para que yo comprendiera que había llegado al final de una larga búsqueda... La revelación de Álvaro Cepeda Samudio en aquel domingo de Sabanilla me puso el mundo en orden. La vuelta de Bayardo San Román con Ángela Vicario era, sin duda, el final que faltaba. Todo estaba entonces muy claro: por mi afecto hacia la víctima, yo había pensado siempre que ésta era la historia de un crimen atroz, cuando en realidad debía ser la historia secreta de un amor terrible<sup>5</sup>.

Sin esa información, a la historia, esto es, a la realidad en su versión narrativa, «le faltaba una pata» que, dice García Márquez, «yo seguía buscando en la imaginación tratando de inventarla a la fuerza, sin pensar siquiera que también la vida lo estaba haciendo por su cuenta y con mejor ingenio»<sup>6</sup>. Salvo que la vida, claro está, no inventó precisamente eso que tan bien redondeaba el imaginario idilio novelesco. Como se desprende de la entrevista hecha al marido real por uno de los mismos periodistas a las pocas semanas del reportaje inicial<sup>7</sup>, Margarita Chica Salas, la esposa devuelta, seguía viviendo sola en Sincelejo y aquél, después de haber intentado sin éxito anular su matrimonio en Colombia, se volvió a casar en la más permisiva Costa Rica con una tal Enriqueta Obregón, de la que tuvo doce hijos y en cuya compañía vive, hasta el día de hoy, en Barranquilla, trabajando como agente de seguros.

A quien tenga ocasión de leer esta segunda minicrónica no dejará de sorprenderle, además, el hecho de que su autor describa la visita hecha a Ángela Vicario para cerciorarse de la supuesta noticia que le dio su amigo con las mismas palabras usadas en la novela por el narrador en semejante circunstancia.

La crónica del crimen resulta, así, estar enmarcada, circunscrita, bien que desde su interior, por un relato fantástico que, a modo de frontera tierra de nadie, lo separa y distingue de la realidad misma. Y, a su vez, este relato aislante se encuentra inscrito en esa minicrónica adicional titulada «Cuento del cuento», que, por muy histórica que se diga, no es más que prolongación de un mismo tejido de circunstancias ficticias.

Lo que a García Márquez parece interesarle en su *Crónica de una muerte anunciada*, está visto, no es tanto autenticar la verdad o la mentira de unos hechos como asegurar el carácter simulado de su relato testimonial; esto es, la impertinencia de un contraste probatorio, judicial, con la realidad. No de otro modo cabe entender el tenor de la última observación del escritor en su «Cuento del cuento»:

A propósito: George Plimpton, en su entrevista histórica para *The Paris Review*, le preguntó a Ernest Hemingway si podría decir algo acerca del proceso de convertir un personaje de la vida real en un personaje de novela. Hemingway contestó: «Si yo explicara cómo se hace eso, algunas veces sería un manual para los abogados especialistas en casos de difamación»<sup>8</sup>.

La observación no fue óbice, sin embargo, para que en otra ocasión explicara a su amigo Plinio Apuleyo Mendoza:

<sup>5</sup> Gabriel García Márquez, «El cuento del cuento», *El País (Madrid)*, miércoles 26 de agosto y miércoles 2 de septiembre de 1981, págs. 7-8 y 9-10, respectivamente. La cita es de la página 7 de la primera entrega.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Entrevista exclusiva con Julio Roca, «Sí. La devolví la noche de bodas», *Al Día (Bogotá)*, n.º 3 (12 de mayo de 1981): 23-27.

<sup>8</sup> Obra citada, pág. 10 de la segunda entrega.

La solución [que me permitió escribir *Crónica de una muerte anunciada*] fue introducir un narrador —que por primera vez soy yo mismo— que estuviera en condiciones de pasearse a su gusto al derecho y al revés en el tiempo estructural de la novela. Es decir, al cabo de treinta años descubría algo que muchas veces se nos olvida a los novelistas: que la mejor fórmula literaria es siempre la verdad<sup>9</sup>.

¿Qué otra verdad puede ser ésa que constituye «la mejor fórmula literaria» y se sirve de mentiras tales como las señaladas, sino la clásica verdad del mentiroso, la del tipo «nosotros los cretenses mentimos siempre»? Engañar con la verdad al revés, sincerarse al mentir, parecen ser, en efecto, los propósitos de García Márquez en *Crónica de una muerte anunciada*. Veamos cómo se las ingenia para llevarlo a cabo.

## Un jardín de senderos que no se bifurcan

La Fatalidad es aquella fuerza sobrenatural a la que el individuo atribuye los actos que, de hecho, lleva él a cabo naturalísimamente, pero de cuya responsabilidad quiere desprenderse y en cuyo carácter, trascendente de lo individual, quiere ampararse. Esta fuerza sobrenatural, como su etimología indica, predice en todos los casos el hecho resultante, e, incluso, se podría decir que a eso limita su actuación. La predicción, sin embargo, puede ser, o conocida de antemano, o descubierta *a posteriori*. Profetizar o predecir un suceso es algo que, evidentemente, parece que ha de hacerse antes de haber ocurrido éste; pero la profecía, en fin de cuentas, no resultará haber sido tal sino una vez cumplida: las que no se cumplen no son verdaderas profecías o, en rigor, profecías, a secas. Es decir, la profecía, en realidad, se convalida retroactivamente desde el suceso profetizado. Cualquier suceso puede ser objeto de una profecía en ese caso, pues sólo por referencia a él se reconstruye ésta —aunque mejor sería decir que se construye o fabrica ésta originalmente—: siempre hacia atrás, pero para mejor volver hacia el suceso original.

Según esto, las profecías desdoblán el presente o existen dos veces: una como futuro, hasta tanto se cumplen; y otra como pasado, una vez ocurrido lo profetizado: un futuro dentro del pasado o futuro anterior que no es, sin embargo, más que el presente mismo. El único camino causal del suceso se recorre simultáneamente e ilusoriamente en dos sentidos contradictorios: uno como tachadura y al mismo tiempo confirmación del otro, visible bajo él. Una profecía es siempre, por tanto, una estructura doble, consistente en la coexistencia de dos miradas, recíprocamente exclusivas, sobre la causalidad única de un hecho único.

<sup>9</sup> Gabriel García Márquez, *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba* (Bogotá: La oveja negra, 1982), pág. 28.